

LOS EDITORES SE RESERVAN LA PROPIEDAD DE ESTA OBRA,
CON ARREGLO Á LA LEY.

VANAGLORIA.

Omnis qui se exaltat, humiliabitur.
Todo aquel que se ensalza, será humillado.
(Luc. xviii, 14.)

La virtud no se aviene con la ostentacion ; ni merece el dictado de bueno el que se vanagloria de serlo. ¡Quién puede parecer más digno de alabanza por la pureza de sus costumbres y la excelencia de sus dotes, que el Fariseo del Evangelio ? No es incontinente, ni avaro, ni injusto, y siendo estos vicios tan frecuentes en el mundo, dá rendidas gracias á Dios por haberle librado de ellos : *Deus gratias ago tibi quia non sum sicut ceteri hominum: raptores, injusti, adulteri* (Luc. xviii, 21). Mas no consiste en esto todo su mérito. A la fuga del vicio añade la práctica de la virtud. Permanece largas horas en el templo orando con el mayor recogimiento : ¡qué devocion ! Mortifica su carne ayunando dos veces cada semana : ¡qué penitencia ! Paga con puntualidad al altar el diezmo de todos los frutos que le produce la tierra : ¡qué fiel observancia de la ley ! A pesar, empero, de todas estas eminentes cualidades, el Fariseo no es tan acepto á los ojos de Dios como el Publicano que, avergonzado y confundido, llora sus pecados ; ántes al contrario, miéntras éste es objeto de la complacencia divina, aquél atrae sobre sí la divina reprobacion, por el mero hecho de hacer vana ostentacion de sus virtudes y buenas obras. ¡ Gran enseñanza, provechoso ejemplo para los que desean comparecer provistos de abundantes méritos ante el tribunal de Dios ! La virtud que se envanece deja de ser virtud ; y el que en vida pretende ser ensalzado en el mundo por sus dones de la naturaleza ó de la gracia, en la hora de la muerte será humillado delante de Dios : *Omnis qui se exaltat, humiliabitur*. Y con razon, con muchísima razon, oyentes míos ; pues si bien la vanagloria por ser natural en el hombre, ó universal en el mundo, no suele causarnos gran temor ; la verdad es que debemos temerla y evitarla por tres poderosísimos motivos : 1.º Porque es un vicio deformísimo en sí mismo ; primer punto. 2.º Porque es un vicio injuriosísimo á Dios ; segundo punto. 3.º Porque es un vicio perniciosísimo á nosotros mismos ; tercer punto. A. M.

1. Entre los pecadores que Dios mira con más implacable aversión, cuéntase, como nos lo asegura el Eclesiástico, el pobre soberbio. Esta amalgama de vileza y altanería, de miseria y ostentación, tiene á los ojos de Dios un aspecto tan deforme y torpe, que no puede ménos de mirarlo con abominación y horror. Pues esta odiosa mezcla de pobreza y soberbia es precisamente la deformidad propia del corazón vanaglorioso. ¿Quiénes somos nosotros, hermanos míos, para albergar en nuestra mente un solo pensamiento de vanidad? Si consideramos el fango de que estamos formados, los males á que estamos sujetos, la ceguedad de nuestro entendimiento, la flaqueza de nuestras fuerzas, la inconstancia de nuestro ánimo; ¿podremos llegar á concebir un origen más vil, un estado más infeliz, una condición más miserable que la nuestra? Necesitados de todo, tenemos que mendigar de la tierra el alimento con que saciar nuestra hambre; del agua, el refrigerio con que apagar nuestra sed; del fuego, el calor con que guardarnos del rigor del frío; de los animales, los vestidos con que cubrir la desnudez de nuestro cuerpo; y ¡ay de nosotros, si en medio de nuestra indigencia nos negase el aire el alimento necesario para la respiración, el cielo la lluvia precisa para la germinación y desarrollo de las plantas, los planetas el influjo que ejercen sobre toda nuestra economía! ¿Dónde estábamos ántes de ser concebidos? en el profundo abismo de la nada. ¿Dónde estamos ahora, mientras vivimos? en un valle de amarguísimas lágrimas. ¿Dónde estaremos después de muertos? en el recinto estrecho y oscuro de un sepulcro lleno de gusanos y de podre. Esto supuesto, decidme: ¿no es un pobre soberbio el que se envanece en medio de tantas y tales miserias?

Pero precisamente nuestro polvo se envanece de lo que no es, sea porque realmente crea ser lo que no es, como aquel obispo de Laodicea á quien escribió el evangelista S. Juan en tono de reprensión: *Dicis: quòd dives sum* (Apoc. iii, 17); te precias de ser rico en virtudes, y no ves cuán pobre eres de méritos, cuán destituido de luz, cuán desnudo de santas obras, por lo cual eres miserable y necesitado en cuanto cabe: *Et nescis quia tu es miser, et miserabilis, et pauper, et cæcus, et nudus*; ó sea porque pretende aparentar lo que no es, como aquel que, queriendo pecar por liberal, disfraza su avaricia con un escasa limosna hecha públicamente; ó como el que para captarse la opinión de devoto, oculta sus licenciosas costumbres asistiendo á las funciones de iglesia más concurridas. Y ¿no es esto, hermanos míos, una mezcla de pobreza y soberbia sumas? ¡Qué monstruosa deformidad!

Supongamos que las perfecciones de que se precia el vanaglorioso

sean reales y positivas: ¿dejará por esto de incurrir en la vergonzosa nota de pobre soberbio? No, en verdad; pues por grandes y puros que sean los dones de la naturaleza ó de la gracia de que esté provisto, ¿podrá negar que todos ellos sean una simple limosna que Dios le ha hecho gratuitamente? Nobleza de cuna, perspicacia de entendimiento, elocuencia de la palabra, robustez de fuerzas, hermosura del cuerpo, ¿no son por ventura otros tantos bienes que Dios nos dispensa sin mérito alguno de nuestra parte? Los honores, las riquezas, el sosiego y bienestar domésticos; los buenos sentimientos é inclinaciones; el amor á la virtud, la aversión al vicio, son puros y gratuitos dones de la Providencia. No tenemos aquí bajo bien alguno que no nos venga del cielo. Nosotros, como observa S. Pablo, por nosotros solos no tenemos fuerza bastante, no digo para mover una mano ó articular una palabra, pero ni aún para formar un solo pensamiento: *Non quòd sufficientes simus cogitare aliquid à nobis, quasi ex nobis: sed sufficientia nostra ex Deo est* (II Cor. iii, 5). Esto supuesto, quisiera saber que responderiais, oyentes míos, á esta pregunta del Apóstol: *Si accepisti, quid gloriaris, quasi non acceperis?* Si todo cuanto sois, si todo cuanto teneis es una pura limosna de Dios; ¿como podeis envaneceros de lo que sois ó teneis, como si Dios no os lo hubiera dado? Si vierais que un pobre se envaneciera de haber recibido una limosna, ¡qué locura! ¡qué monstruosidad! exclamariais; ¡envanecerse de lo que forma la señal más clara de la propia miseria! ¡Ah! ¿y no hacemos nosotros lo mismo, hermanos míos, cuando nos envanecemos de los dones que la divina misericordia nos ha dispensado? Si queremos envanecernos, envanezcámonos de lo que puede llamarse verdaderamente nuestro, de nuestra ignorancia, de nuestra debilidad, de nuestra malicia, de nuestros pecados: pero ¿qué pobre llegó nunca hasta el extremo de gloriarse de su hambre, de su sed, de su desnudez y de su miseria? Sin embargo, por absurdo é incomprensible que sea, es una verdad ¡ojalá no lo fuera! que los hombres movidos de un infernal orgullo llegan hasta á hacer gala de sus mismos pecados. Unos ponderan sus actos de venganza, otros sus atentados contra la honestidad, otros la dureza de sus sentimientos, estos su impudencia, aquellos su incredulidad. ¡Oh! esto es lo sumo de la deformidad, porque verdaderamente no puede darse pobreza más soberbia. ¿Qué desenfrenada arrogancia es esta? ¡hacer alarde de la misma ignominia! Pero ¡ay de los pobres soberbios! desgraciados de ellos cuando llegue el día en que Dios convertirá su jactancia en confusión! Entonces les hará ver la horrenda fealdad de su soberbia; y ellos, confundidos y consternados, se arrepentirán en vano de su loca temeridad.

¡Oh Jesus mio! ¡cuánto mejor es que reconozcamos ahora nuestra nada, y vivamos con la humildad que corresponde á nuestra pobreza! No permitais que la vanidad me ponga, cual vil esclavo, bajo sus piés; ántes bien por las llagas que adoro de vuestros piés sacratísimos, os ruego que me deis gracia para que pueda dominar y supeditar mi vanidad, á fin de que de ahora en adelante, no me envanezca del mal, que es todo mio, ni del bien, que procede de vos.

2. Es una verdad de fe, que Dios es el principio y fin de todas las cosas; de donde se infiere, que no solo debemos reconocerle como origen de todo cuanto poseemos, sinó que debemos tambien referirlo todo á él como á su último fin: *Universa propter semetipsum*, dice el Sábio, *operatus est Dominus* (Prov. xvi, 4). Dios lo ha hecho todo en órden á sí mismo, queriendo que de los bienes que nos dispensa sea todo el provecho para nosotros, y la gloria toda para él. De ahí la injuria que hace á Dios el vanaglorioso. No contento de las ventajas que reporta de su talento y de sus obras, quiere tambien apropiarse la gloria que solo corresponde á Dios; y por más que el Apóstol le recuerde que Dios quiere ser exclusivamente glorificado por la riqueza del opulento, por las distinciones del noble, por las prerogativas del dignatario, y por la ciencia del letrado: *soli Deo honor, et gloria* (II TIM. 1); él, con todo esto, no se acuerda más que de sí, solo en sí mismo se complace, y pretende atribuirse la gloria de todo cuanto es y tiene. ¿Y no es esto arrebatarse con mano sacrilega á Dios la gloria que le pertenece? En efecto, cuantas veces nos envanecemos ó alabamos de nuestras perfecciones ó de nuestras obras, ó nos complace-mos en ellas cual si fuesen cosa nuestra, cometemos un hurto, un injuriosísimo hurto de gloria contra Dios. Pues siendo esto así ¿cuántos hurtos de esta especie cometen diariamente los hombres, ora haciendo vano alarde de su nobleza y de sus títulos, en vez de dar por ellos humildes gracias á Dios; ora engriéndose de su sabiduría, en lugar de glorificar á Dios que les dió la perspicacia de entendimiento; ora haciendo vana ostentacion de sus riquezas, en vez de honrar y alabar á Dios que se las ha dispensado? Tú, apuesto jóven, de generoso corazon, de carácter afable, de amena conversacion, de entendimiento claro y despejado; ¿cuán grande hurto de gloria estás haciendo á aquel Dios que tan benéfico se ha mostrado contigo, mientras que, enamorado de tí mismo, te envanece de tus buenas dotes? Y tú, ¡oh mujer! que con la belleza del alma pudieras dar gran realce á la hermosura de tu cuerpo, ¿no adviertes cuanta gloria hurtas á Dios contemplándote y pavoneándote horas enteras delante de

un espejo, para captarte despues la admiracion y los obsequios de los demás en las casas, en los teatros y en las iglesias?

Es tan grande la injuria que con semejante hurto se hace á Dios, que el santo Job la llama: *iniquitas maxima, et negatio contra Deum altissimum*, maldad grandísima, y negacion del Dios altísimo; porque el que se envanece de su talento y pretende ser alabado y ensalzado por razon de él, prueba que no reconoce por autor á su Dios. De aquí el grande horror que Job tenia á este detestable vicio, horror que expresaba con las siguientes palabras: Señor, vos sabeis si mi corazon ha alimentado alguna secreta complacencia, ó si mi lengua ha pronunciado alguna palabra en alabanza de mis obras: *Si lalatum est cor meum in abscondito, et osculatus sum manum meam ore meo*; conociendo que cuantas veces la criatura se alaba á sí misma, ultraja á su Criador, y se hace por lo tanto culpable de una maldad grandísima, y hasta de infidelidad.

Con efecto; increpando Jesucristo á los judíos, llenos de orgullo, les decia: ¿Cómo es posible, que me creais, vosotros, sedientos como estais de gloria mundana y olvidados de la gloria celestial? *Quomodo vos potestis credere, qui gloriam ab invicem accipitis, et gloriam, que à solo Deo est, non queritis* (JOANN. v, 44)? Con cuyas palabras venia á decir á los judíos, lo mismo que á nosotros: ¿cómo puede tener fe el que procura agradar á los hombres ántes que á Dios? Si creyerais que la única alabanza verdadera y la sola estimacion justa son las que vienen de Dios, ¿antepondriais á ellas la vana alabanza y la falsa estimacion de los hombres? ¿Seremos por ventura en la hora de la muerte juzgados por Dios, segun el vano juicio que en vida habremos formado de nosotros mismos? ¿Confirmará Dios en su tribunal las alabanzas que háyamos hecho de nosotros mismos, ó que los demás nos hayan tributado? ¿Podremos presentarle como prenda de la gloria que nos tiene preparada en el cielo, la que háyamos buscado en este mundo? No, en verdad: Dios nos juzgará, no segun nuestro concepto, ó el de los otros hombres, sinó segun su propio é infalible juicio, es decir, no segun nosotros creemos ser, sinó segun somos en realidad: ¿cómo pues han de poder unirse la fe y la vanagloria? Si Dios no nos ama, ¿de qué nos servirá el amor de los hombres? Si Dios no nos alaba, ¿de qué nos aprovecharán nuestras alabanzas? *Non enim, dice el Apóstol, qui seipsum commendat, ille probatus est: sed quem Deus commendat* (II Cor. x, 18). Por tanto, guardémonos, hermanos míos, de este abominable vicio, que imprimiéndonos la doble mancha de injusticia é infidelidad, nos hace dos veces odiosos á los ojos de Dios; é imitemos á Jesús nuestro Salvador, que nunca

buscó su propia gloria, sinó la de su Padre celestial. Ved cuán extraño se mostró siempre á las alabanzas, á la estimacion y á los aplausos del mundo. Si en el Tabor se reviste de esplendorosísima divina luz, manda á los apóstoles que guarden silencio acerca de su transfiguracion. Si con supremo poder restituye la vista á los ciegos, el oido á los sordos, el movimiento á los paralíticos, les encarga que no descubran á su bienhechor. Si con documentos llenos de celestial sabiduría excita la admiracion de los pueblos, protesta que no es suya, sinó de su divino Padre la doctrina que enseña. Si las turbas, penetradas de su extraordinario mérito, quieren entronizarle, corre á esconderse en una soledad: en suma, quiere que su perfeccion, su sabiduría y sus milagros permanezcan secretos, porque, como él mismo nos lo dice, no busca su propia gloria: *Ego non quero gloriam meam* (JOANN. VII, 50). ¿Y la buscaremos nosotros, hermanos míos? Comparémonos con él; comparemos nuestras virtudes con las suyas, nuestros méritos con sus méritos, nuestros...

¡Ah! esta comparacion me espanta, Jesús mio. Vos, colmado de infinitos méritos, de infinita santidad, durante vuestra vida nunca jamás buscasteis vuestra gloria, á pesar de seros sumamente merecida; y yo, miserable gusano, colmado de pecados, ¿me atreveré todavía á buscar y solicitar la gloria mundana? ¡Oh, Jesús mio! por las llagas que adoro de vuestro sacratísimo cuerpo, os suplico que desterreis de mi corazon un tan vano deseo, y me hagais la gracia de que, siguiendo vuestro ejemplo, no busque nunca otra gloria que la de vuestro divino Padre. Iluminadme, Salvador mio, para que conozca y me persuada de que la verdadera gloria de un cristiano ha de cifrarse en glorificar á Dios.

Terrible es la amenaza que, segun leemos en el libro cuarto de los Reyes, hizo el profeta Isafas á Ezequías rey de Judá. Este príncipe habia hecho ostentacion de sus tesoros ante los embajadores de Babiladán, rey de Babilonia; y apenas lo supo el profeta, presentose á él, y dijole: Sabe ¡oh rey! que en pena de la vana ostentacion en que has incurrido, tus tesoros pasarán á poder de los babilonios, y juntamente con tus tesoros, tus hijos, los cuales, despojados del reino, sufrirán en tierra extraña una durísima esclavitud. Así lo predijo Isafas, y así se cumplió. Tal es el gravísimo daño que infiere al alma la vanagloria: pérdida de los tesoros, privacion del reino, ominosa esclavitud. Méritos acumulados con la santidad de las obras, frutos recogidos con el ejercicio de la virtud, gracias atesoradas con las prácticas piadosas, todo se pierde y pasa á poder del maligno enemigo desde el momento que se hace ostentacion de ello. No creais, no,

oyentes míos, que el demonio para reducirnos á un estado de deplorable pobreza, procure siempre impedir nuestras buenas obras. Sabe que no siempre puede privarnos de frecuentar la iglesia y los sacramentos y de oír la palabra de Dios; sabe que por mucho que se esfuerce, no puede oponerse á que hagamos de vez en cuando alguna oracion, algun ayuno, alguna limosna; mas no desiste por esto de su empeño. Dase por contento de que con el bien que hacemos, mezclemos un poco de vanagloria; pues esto le basta para despojarnos paulatinamente de toda nuestra riqueza espiritual. Con un poco de vanidad que pongamos en la oracion, con un poco de orgullo que abriguemos en el corazon, con un poco de alabanza ó estimacion mundana que busquemos, tiene más que suficiente para hacerse dueño de los bienes de nuestra alma.

Y si por desgracia consigue el demonio arrebatarnos el mérito de nuestras buenas obras ¿qué esperanza nos queda entónces? Ninguna, hermanos míos, ninguna absolutamente, pues somos entónces totalmente desposeidos de nuestros tesoros y de nuestro reino. *Amen dico vobis*, decia Jesucristo hablando de los fariseos, que con sus obras piadosas procuraban captarse la consideracion de los hombres: *repperunt mercedem suam* (MATTH. VI, 2). En verdad os digo, que éstos ya recibieron su recompensa. Pues lo mismo dirá desde su tribunal á todos aquellos que obran bien pará merecer y alcanzar los aplausos del mundo. Verdad es, les dirá, que frecuentasteis mis templos, pero fué las más veces para aparentar devocion: *recepistis mercedem vestram*. Verdad es que os pusisteis por mediadores entre algunas familias desunidas y restablecisteis entre ellas la paz y la amistad; pero no lo es ménos que con harta frecuencia os preciasteis públicamente de ello: *recepistis mercedem vestram*. Es verdad que hicisteis ricos dones á mis altares; pero ¿qué de lápidas, inscripciones y escudos de armas no pusisteis en ellos para pregonar vuestra generosidad? *recepistis mercedem vestram*. Verdad es que hicisteis limosnas espléndidas y grandes obras de caridad; pero fué para conquistaros el aplauso y la admiracion de los hombres. Idos, que ya estais suficientemente recompensados: *recepistis mercedem vestram*. Ahora bien; ¿puede darse mayor desgracia para nuestra alma, que la de perder el mérito y el premio de las buenas obras? ¡Cuán loco es el que pudiendo ganar con sus obras la gloria del cielo, prefiere la gloria vana y efímera del mundo!

Y lo peor es, hermanos míos, que la vanagloria, añadiendo á la privacion del reino la esclavitud; á más de quitarnos el premio, nos hace merecedores de castigo. S. Juan Crisóstomo la llama con razon

madre del infierno: *Mater gehennæ est inanis gloria* (HOM. XVII, IN EP. AD. ROM.), porque al principio de los tiempos lo abrió á una multitud de espíritus rebeldes, y aún ahora lo está continuamente poblando de almas cristianas. No quiero decir con esto, que todo acto de vanagloria sea un pecado tal, que merezca ser castigado con las penas eternas: sé que comunmente solo constituye un pecado venial; pero de tal naturaleza, que nos dispone á las más mortales caídas; por lo que S. Bernardo la llamaba muy acertadamente, peste del alma, origen funesto de todos los vicios, veneno mortífero de la virtud, gusano roedor de la santidad, madre de la hipocresía, raíz del pecado. Y sin embargo (¡oh ceguedad humana!), no hay en los presentes tiempos vicio más general que el de la vanagloria. ¿Cuál es el corazón, cuál el lugar en que no se alberga? Casas y claustros, cabañas y palacios, teatros é iglesias, todo lo invade y contamina. La opulencia y la pobreza, la sensualidad y la mortificación, la humildad y la soberbia, todos los estados, todos los vicios y todas las virtudes están igualmente sujetos á su imperio. Hasta en el mismo desprecio de la vanagloria tiene muchas veces cabida la vanagloria. ¡Oh, hermanos míos! abramos los ojos y huyamos de un enemigo que de tal modo nos persigue y daña; y para huirlo con seguridad, sigamos el consejo de Jesucristo: Por buenas, grandes y santas que nos parezcan nuestras obras, tengámonos siempre por siervos inútiles y despreciables: *Cum feceritis omnia, quæ præcepta sunt vobis, dicite: servi inutiles sumus* (LUC. XVII, 10). Y á la verdad; ¿qué es todo lo que hacemos y podemos hacer, en comparacion de lo que Dios merece, en comparacion de los beneficios que nos ha dispensado, y de la gloria que nos tiene prometida? ¿No es poco, no es poquísimo en comparacion de lo que debemos padecer por nuestros pecados? Y sobre todo ¿no es poco, poquísimo, en comparacion de lo que vos, ¡oh Jesús mio! habeis hecho y padecido por nosotros?

Vos nos habeis consagrado toda vuestra vida, vos habeis derramado toda vuestra sangre y habeis muerto por nosotros en un infame patíbulo. Y nosotros, que tan poca cosa hacemos por vos, ¿creeremos ser algo más que inútiles siervos? ¿Llevaremos nuestro orgullo hasta el extremo de vanagloriarnos del poquísimo bien que hacemos? ¡Ah! no, Jesús mio, no queremos incurrir en tan monstruoso y abominable error. Somos siervos inútiles, lo confesamos: no merecemos ni buscamos gloria alguna en este mundo: sea toda para vuestro santísimo nombre: *Non nobis, Domine, non nobis; sed nomini tuo da gloriam* (PSALM. CXIII, 1). La única gloria que deseamos es la de la otra vida. Dádnosla ¡Jesús mio! os lo rogamos encarecidamente por las adorables llagas de vuestro sacratísimo cuerpo. Amen.

PASAJES DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Nolite multiplicare loqui sublimia, gloriantes. I Reg. II, 3.

Superbiam numquam in tuo sensu, aut in tuo verbo dominari permittas. Tob. IV, 14.

Vir vanus in superbiam erigitur. Job. XI, 12.

Filii hominum, ut quid diligitis vanitatem et queritis mendacium? Psal. IV, 3.

Laudet te alienus, et non os tuum; extraneus, et non labia tua. Prov. XXVII, 2.

In vestitu ne glorieris umquam, nec in die honoris tui extollaris. Eccli. XI, 4.

Omnis caro fenum, et omnis gloria ejus quasi flos agri. Isai. XI, 6.

Non gloriatur sapiens in sapientia sua, et non gloriatur fortis in fortitudine sua, et non gloriatur dives in divitiis suis; sed in hoc gloriatur, qui gloriatur, scire et nosse me, quia ego sum Dominus. Jerem. IX, 23.

Ponite corda vestra super vias vestras; seminastis multum et intulistis parum. Aggæi I, 5 et 6.

Attendite ne justitiam vestram faciatis coram hominibus, ut videamini ab eis; alioquin mercedem non habebitis apud Patrem vestrum, qui in cælis est. Matth. VI, 1.

Quomodo vos potestis credere, qui gloriam ab invicem accipitis; et gloriam, quæ à solo Deo est, non qua-

Cesad pues de hablar con soberbia y jactancia.

No permitas jamás que la soberbia domine en tu corazón, ó en tus palabras.

El hombre necio se engríe con altanería.

¡Oh hijos de los hombres! ¿por qué amais la vanidad, y vais en pos de la mentira?

La boca de otro, no la tuya, sea la que te alabe; el extraño, y no tus propios labios.

No te gloríes jamás por el traje de distincion que llevas; y no te engrías cuando te veas ensalzado en alto puesto.

Toda carne es heno, y toda su gloria como la flor del prado.

No se glorie el sábio en su saber, ni se glorie el valeroso en su valentía, ni el rico se glorie en sus riquezas; mas el que quiera gloriarse, gloriése en conocerme y saber que yo soy el Señor.

Poneos á considerar seriamente vuestros procederes: habeis sembrado mucho, y recogido poco.

Guardaos bien de hacer vuestras obras buenas en presencia de los hombres, con el fin de que os vean; de otra manera no recibiréis su galardón de vuestro Padre, que está en los cielos.

¿Cómo es posible que me recibais y creais, vosotros que andais mendigando alabanzas unos de

ritis? Joann. v, 44.

Evanuerunt in cogitationibus suis; dicentes enim se esse sapientes, stulti facti sunt. Rom. I. 21 et 22.

Non qui seipsum commendat, ille probatus est: sed quem Deus commendat. II Cor. x, 18.

Sufficientia nostra ex Deo est. Idem III, 5.

otros; y no procurais aquella gloria que de solo Dios procede?

Devanearon en sus discursos, y mientras que se jactaban de sabios, pararon en ser unos necios.

No es aprobado quien se abona á sí mismo; sinó aquel á quien Dios abona ó alaba.

Nuestra suficiencia ó capacidad viene de Dios.

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Los honores y dignidades suelen ser causa de vanagloria, la cual puede llegar á obrar nuestra ruina temporal y eterna. Así lo vemos en Saul, muy modesto y humilde ántes de ser consagrado rey; pero, apénas levantado á tan alto puesto, no puede sufrir el más insignificante menoscabo de su dignidad, ni que se tribute á otro la gloria, aunque merecida, que toda pretende para él. (I REG. A CAP. X. USQ. AD 51).

David nunca se glorió de sus hazañas, sinó que todo lo atribuyó á la diestra de Dios omnipotente; y aunque exaltado á la dignidad real, amado de su pueblo, y temido de todos sus enemigos, siempre fué humilde. Léase el cántico que pronunció en accion de gracias á Dios, el cual viene á ser un resumen de sus sentimientos humildes, y una prueba del modo con que venció la vanagloria. (I PARALIP. XXVIII, 10 ET SEQ.).

Aunque las más de las veces la vanagloria no se extienda sinó á cosas leves, no obstante Dios suele castigarla ejemplarmente. La complacencia que tuvo David por el resultado asombroso que arrojó su empadronamiento, fué castigada con tres dias de cruel peste, de la cual sucumbieron setenta mil hombres (II REG. XXIV). Ezequías, aunque tan virtuoso, por haber mostrado sus tesoros con cierta complacencia á los embajadores de Siria, mereció oír de Isafas la siguiente amenaza: «Tiempo vendrá en que todas esas cosas que hay en tu casa y cuantas han atesorado tus padres hasta el dia presente, serán transportadas á Babilonia: no quedará cosa alguna, dice el Señor» (IV REG. XX). El orgulloso Holofernes, despues de haber despreciado al pueblo de Dios y gloriándose en la fuerza de su ejército, fué decapitado por mano de una débil mujer (JUDITH CAP. VI, ET XIII). Pasemos por alto á Nabucodonosor (DAN. IV), á Baltasar (IDEM V), á Senaquerib y Rabsa-

ces (IV REG. CAP. XVIII, ET XIX). Nicanor (I MACHAB. VII), Antíoco (II MACHAB. IX). Herodes Agrippa y otros, cuyas desgracias y muerte no pueden leerse sin horror.

Por esto nuestro Salvador Jesús nos enseñó con palabras y ejemplos la humildad, y la importante doctrina de que todo lo que hay de bueno en nosotros proviene de Dios, al cual solamente es debido el honor y gloria: y no obstante de ser él Dios, la santidad misma, protestó contra la acusacion de los fariseos, diciendo: *Ego non quero gloriam meam, sed ejus, qui misit me* (JOANN. VIII). Imitemos esta conducta.

Véase, además: *Humildad*.

SENTENCIAS DE LOS SANTOS PADRES.

Si opera virtutum foras exierint, rarus est qui hominum judicia conspuat, et laudes humanas contemnat. S. Cyprian.

Inanis gloria, cum mentem vani hominis impleverit, in illa arrogantiam, hypocrisim, impietatem gignit. S. Ambros.

Martyrium, si ideo fiat, ut admirationi et laudi habeamur à fratribus, frustra sanguis effusus est. S. Hieron. in ep. ad Gal.

Non potest gloriæ servus homo, non omnium servus esse, et ipsis servilior mancipiis. S. Chrysost. Hom. 43, ad Popul.

Ut tinea et vermes corrumpunt, ita et inanis gloria. Idem. Hom. 42, in Genes.

Plerique in suis lapsibus gloriantur, et putant laudis esse, quæ criminis sunt. S. Greg. Nazian. Orat. 1.

Vanitas morbus est, quo seipso homines seducunt, et videntur se esse

Cuando las obras buenas son visibles, es muy difícil no hacer caso de los juicios humanos y despreciar las alabanzas de los otros.

La vanagloria, una vez se ha apoderado del entendimiento, le comunica la arrogancia, la hipocresía y la impiedad.

Inútilmente vierte uno su sangre, si sufre el martirio con el fin de ser alabado ó admirado de sus hermanos.

El hombre esclavo de la vanagloria no puede dejar de ser esclavo de todos, y más vil que los mismos esclavos.

La vanagloria destruye las virtudes del alma al igual que los gusanos y la polilla destruyen los vestidos.

Muchos hay que se glorian de sus pecados, sin pensar que léjos de merecer alabanza, merecen vituperio.

La vanidad es una enfermedad que seduce á los hombres, ha-

aliquid, cum nihil sint. S. Aug. in Psalm. 121. ciéndoles creer que son alguna cosa, cuando nada son.

Qui de vanitate gloriantur, hæc non est gloria, sed vera miseria. Idem. in soliloq. Los que se glorian de ser vanos no disfrutan de ninguna gloria, antes bien padecen una verdadera miseria.

Inanis gloria est duleis spirituum operum spoliatrix, jucundus animarum nostrarum hostis, blandissima bonorum nostrorum deprædatrix. S. Basil Const. Monial. cap. 10. La vanagloria es una halagüeña usurpadora de nuestros bienes espirituales, un enemigo agradable de nuestras almas, un ladron muy fino de todos nuestros méritos.

Sæpe bono operi dum laus humana obviat, mentem operantis immutat, quæ quamvis quæsitæ non fuerit, tamen oblata delectat. S. Gregor. in Moral. No pocas veces hacen cambiar nuestra intencion las alabanzas que hacen los hombres de nuestras buenas obras, cuyas alabanzas, por más que no sean buscadas, fácilmente deleitan siendo espontáneas.

Nemo vestrum velit laudari in vita ista, quia quidquid hic favoris captas, quod ad Deum non retuleris, ipsi furaris. S. Bern. serm. 13, in Cant. Ninguno de vosotros permita ser alabado en esta vida; porque toda la alabanza que recibirá sin referirla á Dios, se la roba.

VALOR; véase: FORTALEZA.

VANIDAD DE LAS COSAS DEL MUNDO; véase: MUNDO.

VANIDAD DE LAS GRANDEZAS; véase: GRANDEZA VERDADERA y HONOR.

VEJEZ; véase: ANCIANIDAD.

VENGANZA.

Non vosmetipsos defendentes, charissimi, sed date locum ira.

No os vengueis vosotros mismos, querido mios, sino dad lugar á que se pase la ira.

(ROM. XII, 19.)

Nada interesa tanto á los fieles como el amarse mutuamente, disimulándose unos á otros las ofensas y perdonándose los agravios. La caridad es el alma de la vida cristiana; porque estando todos nosotros llenos de mil imperfecciones y defectos, siendo opuestas nuestras inclinaciones y encontrados nuestros intereses, viviríamos en una perpétua guerra, si no olvidásemos las ofensas que mutuamente nos hacemos. La sociedad actual se ve amenazada por los rencores que entre sí guardan los hombres: los ódios se perpetúan; las venganzas se ejercen en inmensa escala; y si Dios no lo remedia, el siglo ilustrado, el siglo culto, el siglo de las grandes asociaciones, el siglo que dice aspira á realizar la unidad, verá la sociedad convertida en un campo de batalla donde el prójimo acechará al prójimo, y el hermano al hermano, esperando el oportuno instante para sacrificarlo.

A tanto mal es preciso tratar de aplicarle un pronto remedio. El orador cristiano debe hoy levantar con frecuencia su enérgica voz contra la venganza, cuyos excesos son tan grandes que pueden considerarse como la deshonor y el oprobio de los cristianos. Su principal mision, como ministro de Aquel que en la cruz imploró para sus crucifixores la venia de su gran culpa, es la de trabajar para conseguir que los cristianos olviden las ofensas que mutuamente se inferen, y se disimulen unos á otros sus respectivas faltas. Voy pues á clamar hoy contra las venganzas. El Apóstol nos dice: «No os vengueis vosotros mismos, queridos mios, sino dad lugar á que se pase la ira;» pero algunos, léjos de esperar á que se calme la ira, desean vengar en el instante mismo la ofensa ó daño que creen se les ha inferido. No quieren esperar que se lo vengue el Señor, que es á quien toca hacerlo, ni á que se lo vengue la ley, que es la encargada de la justicia; meditan al punto planes de venganza, y los realizan, como si no